

VINCAVEC EL BANDIDO

Vincavec el bandido permaneció en pie, solo, sobre las rocas que formaban el techo de la cueva, y volvió la vista hacia los soldados del Gobernador, que acechaban entre los árboles. Hacía un momento se había despedido de su prometida y de su fiel amigo Anton, que se habían escabullido por otro sendero, con la esperanza de despistar a las tropas que los seguían. Aunque Vincavec sabía que cubriéndoles la retirada les daba tiempo para ponerse a salvo, y estaba dispuesto a sacrificar su vida por ellos, les había dicho adiós con dolor. Estaba seguro de que no volverían a verse.

Sus hombres habían sido capturados a traición, y los mantenían presos en la ciudad, en el castillo del Gobernador. En apenas unas horas, él habría muerto y ellos morirían también; decapitados o ahorcados con toda probabilidad, tal y como siempre temía el bravo Lato. Lamentó no haber sido capaz de salvarlos. Había cometido demasiados errores, demasiados descuidos, y el Gobernador y su capitán habían aprovechado cruelmente su ventaja.

Colocó una nueva flecha en el arco y disparó con gran cuidado; sonrió tristemente cuando un soldado gritó y cayó al suelo. Repitió el proceso, con puntería certera. Su muerte no sería en vano, y, si debía caer, se llevaría con él a unos cuantos esbirros del Gobernador. Nunca había sido partidario de la violencia, pero las cosas habían cambiado tanto en las últimas horas que ni siquiera esta del todo seguro de quién era él.

Tomó la tercera flecha y apuntó al Gobernador; Vincavec podía haberse resignado a una muerte inevitable, porque sabía que así salvaría a Cordelia y a Anton, pero eso no significaba que renunciara a vengarse mientras aún podía. En Duino las cosas no cambiarían mucho porque se llevara a Eric de Arisaig con él para compartir el frío abrazo de la muerte, pero Vincavec estaba seguro de que el Gobernador no disfrutaría demasiado con el cambio. Él no sentía miedo ante la muerte. Su vida en el bosque le había hecho afrontar su fin como algo natural, y si su sangre servía para infundir ánimos a su pueblo, la derramaría sin dudar. El Gobernador, en cambio, tenía pánico a morir. Y desde la cueva, con el peligro acechando sobre su hombro y la desesperación agudizando su vista, Vincavec no podía fallar.

-Oh, no. Otra vez no.

¿Oh, no? ¿De dónde venía aquella voz? Me resultaba familiar; sonaba incluso con un ligero acento extranjero, tal y como yo imaginaba que debía ser el duinés, y, de eso no cabía la menor duda, había llegado claramente a mis sorprendidos oídos. Eché una ojeada a la pantalla, y maldije al descubrir tres palabras con faltas de ortografía en la misma línea, pero eso fue todo lo que vi: letras negras en una pantalla blanca. Estaba sola en mi habitación. Era ya muy de noche.

Sacudí la cabeza; sin duda, la voz extraña procedía de mi imaginación, o de la habitación de mi hermano, que acostumbraba a jugar con su propio ordenador hasta muy tarde. Puestos a pedir, prefería que fuera mi imaginación, pese a que mamá siempre había augurado que sería mi ruina. Por lo menos, podía elegir lo que imaginaba, cosa imposible con los hábitos de Gonzalo. Leí de nuevo las últimas líneas, y me concentré otra vez en la historia. ¿Qué podría hacer ahora? Vincavec disparaba al Gobernador... hmmm. Un poco ausente, até con más fuerza el cinturón de mi albornoz y me dediqué de nuevo a teclear con furia.